

ALFAGUARA





ALFAGUARA INFANTIL

PROHIBIDA SU PUBLICACIÓN


El mejor pintor de flores del mundo

Carlos José Reyes

ALFAGUARA




PROHIBIDA SU PUBLICACIÓN



Capítulo tercero

El niño dibujante



PROHIBIDA SU PUBLICACIÓN

Al otro día, gran parte de los estudiantes de la escuela se hallaba reunida en la plaza, a la sombra de la gran ceiba, en espera de la historia que les había prometido el contador de cosas. Mucha gente del pueblo había sacado bancos o sillas para escuchar el relato, como si se tratara de una representación teatral.

El viejo prendió su pipa y habló con una voz potente, para que todos lo escucharan:

—Muchachos, antes que todo déjenme decirles que su maestro arriesgó su vida para encontrar algo novedoso, que pudiera despertar su curiosidad. Ustedes se han interesado por mis relatos, que por el momento aparecen como una novedad, pero si yo tuviera que hablar durante años y ustedes me tuvieran que ver todos los días, a lo mejor llegarían a cansarse de mí.

Muchos de aquellos niños trataron de decir que no, pero el viejo impidió que siguieran los murmullos con un gesto de su mano y prosiguió su explicación:

—Algún sabio en el pasado dijo que el que va despacio va lejos, lo que quiere decir que para aprender algo útil y formarse de verdad, hay que tener una gran paciencia y escuchar las lecciones que día a día van formando la personalidad y los conocimientos de cada uno de ustedes. Esa tarea no siempre es placentera, ni para los jóvenes que quieren divertirse y descubrir algo nuevo a cada instante, ni para el maestro que tiene que verlos y dictarles clase durante días, meses y años.

Don Pedro, el maestro, se había levantado de su cama y escuchaba desde cierta distancia, pues doña Carola también había sacado una silla para que se sentase a escuchar, ya que aún estaba débil como para mantenerse en pie.

—También me alegra ver que aquí hay gente mayor, porque en la vida siempre se pueden aprender cosas útiles a cualquier edad.

Después de dar dos bocanadas a su pipa y dejar que la nubecilla de humo del tabaco se dispersara en el aire, el hombre prosiguió su explicación, como un prólogo a la historia que iba a contar:

—El maestro de estos muchachos y de muchos de ustedes —dijo señalando a los adultos— ha vivido una experiencia muy interesante, digna de tenerse en cuenta, en relación con la investigación de la naturaleza. Porque esa naturaleza que nos da los alimentos de cada día, que nos da los animales que son útiles para el trabajo y que nos muestra tantas cosas bellas como las flores, las mariposas de vivos colores o las aves que nos alegran con sus trinos también tiene muchas cosas que pueden ser peligrosas para el hombre, como las tempestades, los terremotos, las inundaciones, el ataque de animales feroces o la picadura de las serpientes. Para sobrevivir hay que tomar todas las precauciones y estar preparados para afrontar todos los peligros que se puedan presentar. Por eso, la historia que les voy a contar tiene que ver con la investigación de la naturaleza, y en ella interviene un niño como cualquiera de ustedes, que en un momento se mostró rebelde y caprichoso, pero que al fin comprendió el valor de las lecciones. También él tuvo que ver con la picadura de una serpiente, y su experiencia fue la que nos sirvió para impedir que el veneno de la culebra que picó a don Pedro fuera a acabar con su vida. Gracias a esa experiencia, él está ahora sano y salvo, pero

deben tener paciencia y escuchar todo el relato, para que puedan comprender las causas de las grandes empresas y las dificultades que se presentan para sacarlas adelante.

El contador de historias había adoptado un tono de voz profesoral, quizá como homenaje al viejo maestro, y don Pedro sintió, en el fondo, que todas aquellas palabras dichas se referían a él y a su abnegado papel como formador de tantas generaciones de adultos. Tuvo entonces un sentimiento de gratitud y aprecio hacia aquel hombre que había llegado al pueblo no como un rival y enemigo suyo, sino como un amigo y compañero en la difícil tarea de educar y formar a los muchachos y, además, de fomentar su curiosidad y de aprender a escuchar con atención. Por todo ello, sólo podía tener hacia él un profundo agradecimiento.

Después de aquellas palabras de introducción, el hombre entró de lleno en su historia:

En los últimos tiempos coloniales, durante la segunda mitad del siglo XVIII, se produjeron importantes cambios en el llamado Nuevo Reino de Granada, que después de la independencia se convirtió en la República de Colombia. Fue una época de reformas,

durante la cual mejoraron las ciencias, la investigación, la medicina y la botánica, entre otras. Y a todo esto contribuyó un hombre muy importante, que llegó a Cartagena en 1760, en la comitiva del virrey Messía de la Cerda: José Celestino Mutis.

Antes de emprender el viaje, Messía de la Cerda había encontrado a Mutis estudiando distintas especies de plantas en el jardín botánico de Madrid. Cuando se enteró de que además había realizado estudios de medicina, lo invitó a acompañarlo como su médico personal. Pero Mutis tenía otros muchos intereses además de la medicina: las matemáticas, la astronomía, la botánica y el estudio de los minerales. Muchas de estas actividades eran casi por completo desconocidas en estas tierras, por tal razón, pronto Mutis fue consultado sobre todos los temas imaginables. Era un verdadero sabio, y por eso lo llamaron «el oráculo del reino».

José Celestino Mutis tradujo textos de matemáticas y de física, del inglés Isaac Newton, que era la visión más moderna de la época en estos campos de la ciencia. ¿Recuerdan la historia de Newton y la manzana? Pues se cuenta que, observando la

caída de una manzana, descubrió la ley de la gravedad, que es la forma como la tierra atrae las cosas como si fuera un imán...

Entonces el viejo se inclinó, tomó una piedra en sus manos, se subió a la banca en la que había estado sentado, y dejó caer la piedra.

Hoy nos parece lógico y sencillo, ¿verdad?, pensar en esta ley al ver la forma como caen los objetos al suelo. Pero, de esta observación, Newton formuló toda una ley de la ciencia, la de la gravitación universal, lo que demuestra que un buen observador puede extraer conclusiones muy interesantes y profundas hasta del detalle más pequeño...

Desde su llegada a Santa Fe de Bogotá, a comienzos del 1761, Mutis tuvo un intenso trabajo como médico. No sólo tenía que atender al virrey, sino a muchas personas que lo llamaban cuando padecían alguna enfermedad... Porque no había muchos médicos en la ciudad, sino yerbateros, brujos y otras personas sin conocimiento de las enfermedades ni de los remedios.

Pero aquello fue lo que más preocupó al médico y botánico: que no había suficientes

remedios, ni se conocían aquellas plantas que podrían servir para preparar jarabes o unguentos en las boticas... Quería estudiar la naturaleza, investigar las plantas de este nuevo continente —la mayor parte de las cuales no habían sido observadas en forma científica—, para saber qué efectos podrían producir al preparar bebidas o usarlas de cualquier otra manera, no sólo para curar a los enfermos, sino como un medio de prevenir y evitar las enfermedades.

Todo esto que les estoy contando, amigos míos, nos va a servir para presentar al protagonista de esta historia: un niño como ustedes, que apenas tenía nueve años cuando lo descubrió José Celestino Mutis. Pero para llegar a ese punto, tenían que pasar otras cosas. Llegaron nuevos virreyes, y también fueron cambiando las actividades de aquel sabio. Al tiempo que trabajaba como médico, comenzó a dictar clases de física y matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que es una de las universidades más antiguas de la capital y del país. De allí salió a buscar minerales valiosos en distintos lugares, primero en los alrededores de Pamplona y luego en cercanías de Ibagué.

Poco a poco, desde el primero de estos viajes —que realizó entre Cartagena y Bogotá por el río Magdalena—, fue descubriendo las maravillas de la naturaleza tropical, las plantas, los animales, los pájaros de mil colores, los frutos de toda clase que eran una delicia al paladar... Pero también descubrió las enfermedades, los padecimientos de la gente, y sentía mucha tristeza por no poder ayudarlos a todos como hubiera querido.

En cierto momento, se ordenó como sacerdote, sobre todo para poder dedicarse todo el tiempo a sus investigaciones y al estudio de la naturaleza, para que no lo invitaran a bailes y otras fiestas, ni tuviera que conseguir una novia y casarse, porque todo eso lo distraía de su verdadera pasión, que era la ciencia en sus distintos campos, pero sobre todo la botánica.

La botánica, sí, porque veía cómo, en estas tierras de los trópicos, se daban muchas plantas que no se conocían en Europa, y que algunas podrían servir como alimento y otras como medicina. De ellas se podían sacar sustancias que podrían ser útiles a la gente de distintas maneras. Así, por ejemplo, oyó hablar de una planta que se daba cerca de

Quito, en la provincia de Loja, que hoy hace parte de la república del Ecuador: la quina. Se trataba de un arbusto cuya corteza, es decir, la piel del arbolito que le sirve como vestido, era un magnífico remedio para bajar las fiebres y curar muchas enfermedades.

Después de dar varias vueltas por los alrededores de Santa Fe, que era como se llamaba en esa época a Bogotá, descubrió que por estos lados también existían plantas de quina. Las descubrió cerca del pueblo de Tena, en la región que queda en los alrededores del salto de Tequendama.

Sobre la famosa quina ya existía una historia que se había convertido en una leyenda. Una duquesa que vivía en España, en un pueblo cercano a Madrid llamado Chinchón, tenía una enfermedad muy grave y nadie había podido encontrar el remedio. Sus fiebres eran cada día más altas. No quería comer y se sentía tan mal, que no era capaz de levantarse de la cama.

Un día apareció en su casa un hombre que acababa de llegar de las provincias de América, y llevaba varias muestras de las cortezas de la quina. Entonces dijo que tal vez aquella planta podría aliviarla un poco,

pues en las tierras de la América del Sur los indígenas decían que era buena para curar muchas enfermedades. Les dijo a las sirvientas de la duquesa que pusieran a hervir agua, con trozos de aquellas cortezas, como si se tratara de una infusión, una especie de té.

Los médicos que habían atendido a la duquesa ya habían perdido las esperanzas de salvarla, y estaban pendientes de que falleciera de un momento a otro. La palidez de su rostro y su mirada perdida parecían anunciar un pronto desenlace. Por eso, no se perdía nada con intentar esa última posibilidad de obtener alguna mejoría. Entonces las damas de compañía de aquella señora comenzaron a darle a beber tazas de ese té de quina a la mañana y a la noche.

¡Muy pronto se produjo el milagro! En el rostro de la señora volvieron a aparecer los colores. La expresión de sus ojos se hizo más vivaz. Se incorporó en el lecho y pidió que le pusieran unas almohadas para sentirse más cómoda. Antes no quería probar bocado, pero ahora se le había despertado un gran apetito, y apenas había alcanzado a decir que tenía hambre, cuando aquellas mujeres corrieron a prepararle un buen

caldo de gallina. Una recuperación parecida a la de don Pedro, el maestro.

A los pocos días, la duquesa de Chinchón pudo levantarse, sana y salva, y por eso aquellas cortezas de la bendita planta se llamaron a partir de ese momento *quina Chinchona*, palabra que se transformaría en *Quina Cinchona*, que es una de las variedades de tan benéfico arbolito.

El sabio Mutis descubrió varias especies de la quina, por la forma y color de sus cortezas, entre ellas la cinchona, la quina amarilla, la blanca o la naranjada, como las llamaba el sabio. Para dar noticia de los beneficios de aquella planta recién descubierta por él, publicó en el *Papel Periódico de Bogotá* un escrito en el que empezaba diciendo: «Son ciertamente muchas las enfermedades que puede vencer la quina donde no alcanzan otros remedios».

Mutis estaba muy contento de poder curar a enfermos de fiebres muy altas y de otros males que habían terminado con la vida de mucha gente, como gripas, que afectaban los pulmones y causaban verdaderas epidemias, fiebres persistentes y otras dolencias de distinta naturaleza.

Ya en ese momento José Celestino Mutis quería dedicar todo su tiempo al estudio de la botánica, y por eso pidió ayuda a las autoridades, desde el rey al virrey, los obispos y arzobispos, pero tuvo que trabajar muchos años por su propia cuenta, sacando el dinero de su trabajo como médico, como profesor de matemáticas o como minero, para poder financiar los primeros pasos de su investigación, antes de que el rey autorizara la creación de la Expedición Botánica y le otorgara los recursos económicos necesarios para financiar sus actividades.

Sólo hasta 1783, veintidós años después de haber llegado a la capital, Mutis logró recibir la ayuda tan esperada para poder adelantar los trabajos de investigación de la naturaleza, en una empresa que reunió a mucha gente y que se llamó la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

Era un trabajo tan grande, que no podía hacerlo él sólo. Necesitaba toda clase de ayudantes en distintos campos: gentes que recolectaran las muestras de plantas, por los alrededores de Bogotá o bajando por la cordillera hasta llegar a la tierra caliente;

botánicos que pudieran distinguir las distintas familias de plantas, por la forma de sus hojas o los tipos de flores y frutos que tuviesen, y también pintores y dibujantes, que pudieran reproducir las imágenes de las muestras reunidas en los herbarios, para su estudio y clasificación.

A estos ayudantes les dio algunas clases, para que supieran el tipo de plantas que deberían recoger y el modo de conservar las muestras. Se llamaron «herbolarios», pues eran los encargados de formar los llamados «herbarios», compuestos por ramas de distintas plantas, con las hojas y sus flores y frutos, que deberían ser llevados a la casa de la Expedición donde serían guardados y preservados, para que el grupo de pintores pudieran dibujarlos con la mayor fidelidad posible.

En aquel punto del relato, los muchachos comenzaron a hablar en voz baja, haciendo sus comentarios, pues por aquellos días, en las clases de la escuela, tenían que hacer dibujos de plantas en el salón y estaban muy preocupados por retener las imágenes y no olvidar las formas y colores, ya que al hacer las tareas no iban a

tener la planta delante para copiarla. Entonces le preguntaron al viejo cómo era aquello de los herbarios y qué podían hacer ellos para tener sus propias colecciones.

—Para ello, Mutis les enseñó una técnica a sus ayudantes, que les voy a explicar un poco más adelante. Tengan paciencia, porque todo llega a su tiempo. Antes tengo que explicarles cómo fue que Mutis se encontró con aquel niño de nueve años y qué fue lo que el muchacho hizo en esa expedición, que requería de investigadores científicos y de pintores experimentados.

Cada vez que el viejo quería motivar la curiosidad de los jóvenes, creaba una especie de suspenso. Paraba de hablar y encendía su pipa, dejando que los círculos de humo se desvanecieran en el aire. Todos lo miraban muy atentos, pues ya iba a aparecer el personaje que estaban esperando desde hacía un buen rato.

En una de las veredas campesinas, bajando de Santa Fe de Bogotá a tierra caliente en compañía de algunos de sus ayudantes, pintores y herbolarios, a Mutis le llamó la atención ver a un niño, en medio del campo, cuidando a los animales pero concentrado en otra cosa. Tenía toda la atención pues-

ta en una hoja de papel y observaba con mucho cuidado un árbol que tenía delante. Con un carboncillo estaba tratando de dibujar el tronco y las ramas de aquel árbol corpulento. El cura botánico se acercó a él, con pasos lentos, tratando de no hacer ruido, para no distraerlo de su tarea. El niño seguía dibujando sin caer en cuenta del sacerdote que lo observaba con especial atención.

Mutis duró un buen rato contemplando los trazos del niño sobre el papel, mientras sus acompañantes lo esperaban a cierta distancia. Ellos sabían que cuando algo le llamaba la atención, una planta, un insecto, un pájaro o una lagartija, o ahora un niño pintando, se dedicaba a observar con gran paciencia, sin que el tiempo pareciera importarle.

De pronto, el niño alcanzó a ver la sombra del fraile sobre la hierba y se volteó a mirarlo, tratando de esconder el dibujo, como si hubiera sido sorprendido haciendo alguna diablura.

—Déjame ver lo que has pintado —le dijo Mutis, con una sonrisa bonachona.

—No, señor... No me vaya a regañar... Le juro que no lo vuelvo a hacer...

—¿Y por qué te iba a regañar? Si no estás haciendo nada malo. Al contrario, la pintura que has hecho de ese árbol es muy bonita, tiene cierto parecido. Pero podría ser mucho mejor si aprendieras el oficio, hasta convertirte en un buen dibujante.

—Mis padres no me dejan, señor. Tengo que cuidar las vacas y llevarles la comida a los cerdos y las gallinas.

—¿Te gustan los animales?

—No lo sé, señor... ¡Siempre he vivido con ellos!

—¿Y no me regalarías el dibujo que has hecho?

—Sí, señor, pero no le cuente a nadie que yo lo hice. Mi papá me regañaría porque siempre dice que yo no hago más que perder el tiempo.

José Celestino Mutis sonrió al descubrir la ingenuidad de las gentes del campo, y recordó los días de su infancia, en Cádiz, cuando empezaba a dar los primeros pasos en la observación de la naturaleza y el conocimiento de las ciencias. También a él lo habían regañado por pasar largos ratos observando una planta o un insecto, pues pensaban que eso no le iba a servir para

nada y en cambio lo distraían de las tareas y oficios que le asignaban en su casa.

Poco a poco, sin embargo, se fueron dando cuenta de que la observación de la naturaleza por parte de José Celestino era algo muy serio, cuando personas muy autorizadas lo apoyaron y le consiguieron ayudas importantes para estudiar medicina en Madrid.

Aquellos recuerdos le inspiraron deseos de apoyar a aquel niño que mostraba un talento especial para el dibujo. Hasta ese momento, los pintores y dibujantes que colaboraban con él ya estaban formados en las técnicas artísticas, pero a este niño él podría educarlo desde el comienzo.

Después de hablar un poco con el muchacho, Mutis le preguntó si no le gustaría irse con él a la casa de la expedición, donde se estaba formando una verdadera escuela de dibujo. El niño lo escuchó con atención y sus ojos comenzaron a brillar de la emoción, pues hasta el momento nadie le había puesto atención en relación con sus dibujos, que para él se habían convertido en un juego secreto y placentero.

—¿Cómo te llamas?

—Francisco, señor. Francisco Javier Matís.

—¡Mira que tenemos un apellido parecido! El mío es Mutis, y mi nombre es José Celestino... Y dime, Francisco: ¿Cuántos años tienes?

—Por ahora nueve, señor, pero más tarde voy a tener muchos más.

Mutis volvió a sonreír ante la gracia ingenua de aquel muchacho, cuyo talento natural merecía tener una buena guía, como sucede con la semilla de una planta, que puede crecer y dar buenos frutos si se cultiva en terreno abonado y con todos los cuidados que se requieren.

Como director de la Expedición Botánica, Mutis no perdió el tiempo para ganar a ese nuevo dibujante, que con algunas clases y buena orientación podría ser muy útil para el trabajo científico, y con mayor razón si podía formarlo él mismo desde sus primeros pasos. Lo primero que hizo fue hablar con los padres del muchacho y, luego, lo llevó con los demás dibujantes a la casa que la Expedición tenía en el pueblo de Mariquita y de inmediato comenzaron las lecciones.

